

Siete
Años
Enterrado
Vivo

Biofils Panclasta

Siete Años Enterrado Vivo

Biofils Panclasta



Título

Siete Años Enterrado Vivo

Autor

Biófilo Panclasta

Prólogo

Rodolfo Montes de Oca

Ilustración de portada

"Panclasta", Insurrección Grafica

Este folleto es co-editado por:

Indubio Pro Reo
indubiopreovzla@gmail.com
www.indubiopreovzla.blogspot.com
Apartado Postal 67273
Zona Postal 1061
Plaza las Americas
Caracas, Venezuela

* * * * *

Publicaciones CorazónDeFuego
corazondefugorecs@gmail.com
www.corazondefugorecs.wordpress.com
A.A. 201928 El Cafetero
Medellín - Colombia

Prólogo

7 años enterrado vivo en las mazmorras de Gomezuela, es una de las pocas obras escritas de la borrosa leyenda popular del anarquismo, Máximo Lizcano (Biófilo Panclasta) sobre sus años de detención sin juicio en las cárceles de Venezuela en 1914.

Aventurero, bohemio, de verbo incendiario y trotamundo. Biófilo siempre tuvo una especial relación con el pueblo venezolano. Desde joven entabló amistad y afinidad con Eleazar López Contreras y Cipriano Castro, participó en la montonera que llevó al poder a Castro, secretario del mismo, visceral crítico de su compadre, Juan Vicente Gómez y reo del Estado venezolano. Estas tierras le dieron a Biófilo lo que ningún otro Estado del mundo le había dado: una larga y penosa retención en prisión.

Esta obra representa en sí, no sólo una revelación para la oculta historia del anarquismo grancolombiano, sino también una pieza literaria sobre el sistema penitenciario, única e incluso anterior a las obras sobre las cárceles escritas en la larga noche de la dictadura Gomezucista.

Son pocos los libros o textos que, sobre las cárceles, es-

cribieron anarquistas para esa época, aunque sufrían con mayor frecuencia las galeras en sus espaldas que nuestra generación. Y casi todos los que escribieron, lo hicieron desde una visión eurocentrista (los textos de Kropotkin, Mella y Gori) pero este texto es la excepción de la regla. De allí que revista una importancia casi sacrílega del mismo, además de que se trata de un rescate histórico porque ésta sería su segunda edición después de la realizada por una editorial colombiana.

En esta obra Biófilo esboza un croquis de lo que es el repudio libertario al sistema de prisiones con humor burlesco y cínico propio de su carácter. El cúmulo de favores entre carceleros y preso; el poder plenipotenciario de los alcaldes y la miseria extrema de la reclusión; el deseo carnal por la mujer y la supresión del deseo sexual son algunas de las temáticas planteadas de forma folclórica por Biófilo en esta obra.

Como en un videojuego, en esta obra se enfrentan dos seres antagónicos de forma abstracta. Por un lado, está la figura de Biófilo, el eterno prisionero, el irreductible, el amante de la libertad individual, el anarquista; en el otro, tenemos a Juan Vicente Gómez, el gendarme liberal, el controlador, el patriarca, el tirano.

En retrospectiva, quizás Biófilo era un anarquista avanzado para su época. Aunque defendía a ultranza su hedonismo buscaba, a la vez, formar parte de los movimientos anarquistas y sociales de la época, equilibrando así el individualismo y lo social, adelantándose y solucionando, de alguna manera, la ridícula dicotomía que divide a los stinernianos de los populares. Sus expresiones “la revolución soy yo” y “proletariados de todas las tendencias, uníos” es un ejemplo de ello.

Ésta segunda edición fue producto de la complicidad de un buen amigo de juventud, Clemente Pérez, quien

logró rescatar el ejemplar del Instituto Internacional de Historia Social ubicado en Ámsterdam (Holanda).

Esperamos que esta obra dé luces para la articulación y la construcción de una extensa red de solidaridad con las personas privadas de libertad pero también, para un rescate de la memoria histórica del anarquismo colombiano y gran colombino también, entendiendo que entre pueblos hermanos no hay más división que la explotación y represión de unos pocos contra nosotros.

Que el recuerdo de Biófilo no sólo viva en tus manos con tu lectura sino también en cada acción contra la sociedad carcelaria colombiana.

Rodolfo Montes de Oca

Palabras preliminares

*“Mis prisiones, mis
destierros y mis vidas”*

Yo no quiero que nadie me presente, Biófilo presenta a Panclasta. Un libro como éste, no se analiza; se siente. Ésta no es una obra didáctica, ni siquiera literaria. Es la expresión escrita de una vida extraña. Emociones, páginas tristes, lampos de alegría y de esperanza, palabras...

La vida es el alma de la literatura moderna. Por eso Gorki, D’Annuzio, Zamacois, son los autores del día. Por eso Zola es el padre del realismo, que no es una escuela literaria, sino una escuela de vida.

Yo “amante de la vida” (Bió-filo) no puedo ser desleal a mi amada. Ésta es pues, una obra realistamente vivida. A través de sus páginas corre mi existencia, que ora rueda por un despeñadero, ya corre por un valle florido, poniendo aquí quejas y sollozos, poniendo allí cánticos y arpegios.

Vivir de soldado, de aventurero, de artista. Vida compleja y rara. Vivir de caballero, sin tizona, caballo ni dinero.

La vida: mí querida, mujer al fin, es caprichosa y tornadiza. Ella me ha hecho “príncipe y mendigo”; señor, limosnero, bohemio y Coronel.

“He yantado a la mesa de los grandes señores” y extasiado la copa de astrosos bebedores. He dormido bajo el dosel dorado de hetairas soñadores y titiritando en noches de miseria a las márgenes mustias del Plata y del Sena.

Vestí el rojo sayal de monaguillo, mi primer ideal fue ser pichón de clérigo. Recé con necio fervor de beaturo. Fui fanático y místico. Como anarquista rayé en la locura de Calígula pero, a la vez, siempre he despreciado el vil rebaño humano.

Amo la música con amor apolíneo. He pulsado la lira y he cantado a mi amada: hay veces que vivo como alondra entre bosques de mirtos y azahares y otros como búho desplumado en medio de sombras.

La justicia es para mí un culto; pero como todo dios el mío está sólo en mi imaginación: su realidad depende sólo de mi voluntad. Odio el odio. Amo el amor. Mi admiración por todo lo bello es flor de mi alma. Mi ética es la estética. Bendigo el agua, profeso el vicio, desprecio el vicioso pero bebo vino, chicha y todo.

De las mujeres que han compartido conmigo su pan y su amor, de todas guardo en el cofre diamantino del recuerdo, sus nombres esculpidos con ansias de pasión. A todas he amado como Jesús a Maria de Magdalena o como Teresa de Jesús a Cristo.

Como cuenta un viejo veterano, al amor de la lumbre, a viejos camaradas, sus hazañas de antaño, que los hace en común vivir en el recuerdo “los idilios de la edad pasada”, así yo, en estas páginas escritas especialmente para todos mis cómplices en siquiera un instante de mi vida, quiero condensar emociones, amistades, angustias vividas que

lleven a las almas compañeras en el encanto del recuerdo lejano, la fruición vivificante del pasado, que como todo pasado, es hermoso...

A vosotros, a todos los que –Cirineos, Mecenas, Magdalas, Almas-oasis o Iscariotes– habéis puesto en la senda de mi vida, una flor, un cardo o una espina, a todos vosotros, consagro estas “hojas amarillas del camino... escritas con el resto de llanto que me queda”.

Bogotá, martes 13 de agosto de 1931.

Biófilo Panclasta





*Siete Años
Enterrado Vivo
en las Mazmorras
de Gomezuela*



Desflorando el recuerdo

Las palabras –ha dicho un esteta– no son otra cosa que el reflejo de las ideas. Y si las ideas no pueden ser fielmente traducidas al lenguaje humano, mucho menos lo podrían ser los sentimientos.

Si la poesía es la música de las palabras y la música es la poesía de los sonidos, necesario es confesar, que los grandes dolores, no podrán jamás ser expresados bien, porque ni la poesía ni la música pueden traducirlos en ningún lenguaje.

Es que el alma en ciertos momentos no puede sino callar. Las elegías, muchas de ellas, intensamente emotivas, tales como las de Pérez Bonal de ANTE EL CADAVER DE SU HIJA FLOR, O LAS RUINAS DE ITÁLICA, son obras más que de intenso dolor real, de un dolor imaginativo, literario.

La leyenda de San Lorenzo, tanto como la de los MÁRTIRES de Babilonia, quienes entonaban cánticos de gratitud y ventura, en medio de las llamas que los consumían, pertenecen a la mitología bíblica.

Nadie, en medio de la tortura que le desgarras las en-

trañas, que turba el entendimiento, que le despedaza de dolor, puede siquiera musitar quejas plañideras: muchas veces hasta el llanto se seca en el tormento.

Montalvo, juzga a Silvio Pellico, como un hombre que careció de odio y por lo tanto no fue hombre completo. Y esto prueba que, no pudiendo Silvio, como no puede en el tormento ningún escritor, expresar sus colores, cuando ya puede relatarlos, no halla vocablos en el léxico humano que puedan expresar todo cuánto sufre el alma y siente el corazón en la tortura.

MIS PRISIONES de Silvio Pellico, tiene la entríste-ciente frialdad de un resucitado, que tras largas noches de sepultura, tratará de musitar su doliente penar.

Lo mismo resulta con todos los relatos de prisiones. El ático y emocionante Gorka, en el libro que lleva este título, no se muestra en él como el maestro del dolor escrito, que lo distingue.

Por ello, esta parte, la más amarga, la más espantosa, la más desesperante de esta obra de dolor vivido, no podrá ni con mucho, llevar a las almas el mismo sentimiento de angustia que la genera, porque ni siquiera soy capaz, al cabo de los años, de reflejar en el lenguaje humano, el dantesco e inenarrable cuadro de desesperación, de espanto. De agonía prometeica que padecí durante SIETE AÑOS ENTERRADO VIVO en una de las MAZMORRAS DE GOMEZUELA.

Empeoró, es necesario que yo escriba y publique este libro, no porque mis penas, tan mal expresadas, puedan interesar a nadie y mucho menos hacer prodigio de emociones como las novelas sentimentales.

¡No! Es necesario que yo haga de mis tormentos, un PUÑA'O de estiércol y lo lance a la cara de Juan Vicente Gómez y cómplices, no como un reto ni como una vengan-

za, sino como el postrer gesto desesperado de la rebeldía, como el último escupitajo fecal que un mártir lanza a la cara de todos los tiranos y de todos los cobardes sicofantes de la libertad que lo condecoran, apoyan y toleran.

La presencia de ese mostro amorfo, al frente de los destinos de la cuna de los libertadores, prueba hasta la desesperación que en esta América altanera no existen, ni pensadores rebeldes, ni partidos liberales ni gobiernos que tengan el coraje de protestar siquiera contra los crímenes de ese aborto fecal, ultraje de la civilización, vergüenza de la humanidad.

Yo, que aún no tengo ni una lira BOHÉMICA, para hacer de mis oídos un ramaje que azote ante la historia las curtidas espaldas del jayán; ya que carezco del puñal DE BRUTO O DE LA BOMBA DE MORRAL, para despedazarlo; yo que no tengo ni jirones de papel para escribir con mi escasa sangre “la agonía de un gran pueblo”, quiero, con las lágrimas de mi corazón, con el macabro tin-tin de mis cadenas, con los aullidos de agonía que en mi alaza repercuten de compañeros en tormento, quiero con los hediondos harapos, que muestran mis carnes flageladas, mis huesos empielados; quiero con el montón de excrementos que en mi fosa me asfixian, hacer de este panfleto la mas asquerosa protesta, que un rebelde recordando sus tormentos, puede forjar contra el más y canalla de los semi-cuasi-exsub-hombres y el más sanguinario, intonso y cobarde de los déspotas de este árbol fecal, a quien por irrisión pusieron el nombre desde ahora abominable Juan Vicente Gómez.

Valencia

Jamás –me decía un viejo bohemio glauco– mis ojos admiraron un cielo más azul ni un véspero más entristeciente que el de Valencia, el hada gentil de Tacarigua.

Y yo, como aquel cantor que le dijera, “mis ojos ya te vieron, mi anhelo está cumplido, ciudad que desde niño, te amo mi fantasía”... yo desfloré con mi planta andariega y rebelde a la bella Valencia el 1° de enero de 1900.

Como atrás lo dije, en mayo de 1899, dejé escuela, violín, novia y aldea y me enrolé en las huestes de Cipriano Castro, jefe afortunado que en cinco meses logró realizar –por segunda vez– la épica conquista de Bolívar del año de 1813, en marcha triunfal de Cúcuta a Caracas.

Rezagado del ejército castrista en la aldea de Chengendé, leal a mi propósito y tan breve descanso, seguí camino de Caracas, con diversos grupos revolucionarios que merodeaban en los Estados de Trujillo, Portuguesa, Cojedes y Carabobo, fieles a la reacción contrarrevolucionaria que contra Castro había iniciado el infortunado General José Manuel Hernández, caudillo nacional, tan leal, tan honrado, tan genuinamente liberal, como tan inepto, iluso y

carente de todo sentido práctico revolucionario.

Hernández, después de su altiva salida de Caracas, había organizado un grueso ejército que casi victorioso, fue derrotado el 15 de diciembre de 1899, en Tocuyito, sitio a tres leguas de Valencia.

Desorientado, alelado, casi miedoso, cruzaba yo las calles de Valencia, en busca de conocidos, cuando de repente tropecé con Timoteo Morales Rocha, este caballero sin tacha y sin miedo, quien al reconocermme, sintió en su grata sorpresa toda la emoción de quien de repente, ve resucitar a un ser querido, para él, hace tiempos, muerto.

Permanecí en Valencia algunos días, gracias a la dignificante hospitalidad de Morales Rocha, seguí a Caracas y estas andanzas ya dichas atrás, nada tienen que ver con el relato que motiva ese exordio.

¡Dejad atrás toda esperanza!

PUÑA'O DE SENSITIVAS, MANOJO DE EMOCIONES como es este libro, yo no guardo en sus relatos un orden cronológico ni descriptivo, pues, voy escribiendo, lo que al lucir del recuerdo, a veces mustio, a veces candente, brota a mi pluma, sensitivamente.

Así, terminó el anterior capítulo, concernientemente a 1900 con el nombre, para mí, inmarcesible de Timoteo Morales Rocha, y con él principio y termino esta parte, la más negra de mi vida; se halla pues –como dos polos espirituales– al principio y al fin de esta espantosa época.

Al llegar a Valencia, 1914, tras esa voluble peregrinación hacia el ocaso, mi obligado mendigar me impuso el para mí muy indelicado deber de buscar a Morales Rocha.

Y digo, que en este caso como en muchos otros, yo no he tocado a las puertas de un “camarada”, “cómplice” o “amigo”, sino cuando, la persecución, el cansancio, el horror del vivir me ha obligado a ello. Es que, SI DESPUES DE RECIBIR NADA HAY MÁS GRATO QUE DAR, des-

pués de dar POR FUERZA, nada hay más ignominioso, que pedir forzosamente. “Pedid prestado un peso –dice Franklin– y sabréis lo que vale”. Y si pedir prestado es deprimente, entristeciente, para PERDER LA VERGÜENZA tiene uno que emborracharse para no sentir esa indigente afrenta de la dadiva.

Los mercaderes de conciencias, los burgueses cínicos y panzudos, que no comprenden ni del amor, del placer y del dolor, ahítos de “estiercol del dominio” –como Papini llama al dinero–, aturdidos de necedad y de lujuria, atrofiados en sus gustos, por sus vicios asquerosos, no pueden apreciar ni la emoción inefable que sienten las almas selectas, viviendo espirituosamente, ni el horror de las miserias que sufre un alma-esteta, que por lo mismo que vive muchas vidas, cuando sufre una privación, padece muchas agonías.

Tanto, porque el licor produce la inconsciencia y ahuyenta el alma de la presencia de su propia victimización por el pensar constante; cuánto, porque el esteta busca ESTADOS DE ALMA CONTEMPLATIVOS o por la angustia que me produce pedir, o porque al ser que se ama, no se obliga, yo me harté ese día de ron y aguardiente a mi llegada a Valencia.

Y en ese estado temulento, alocado, anduve las plazas y calles de la ciudad en busca de un amigo, refugio generoso y obligado de bohemia.

Acababa de estallar la guerra europea. Yo, como Juan Vicente González, siento que “todo hombre tiene dos patrias: aquella en que nace y Francia, la tierra del pensamiento”.

Y con Schopenhauer, el filósofo pesimista, alemán de nacimiento, pero como todo pensador, latino de corazón, diré que “Europa esta poblada de franceses, el resto del mundo, lo habitan monos”.

Sincero, indiscreto, como soy; charlatán, exhibicio-

nista como en ese día me expuse, hice en algunas de las cantinas de la ciudad, tribuna francófila y sin saber a qué horas, ni como me RODARON para la Jefatura de Policía, caverna de matarifes humanos, rufianes, mandarinés, asesinos y cobardes.

El Jefe de Distrito, como apodan en Venezuela al primer mandón del distrito, provincia en Colombia, era un tal Rojas Fortuol, primo y en fin, cómplice de Emilio Fernández en el rapto que este monstruo hizo de una prima de aquél, cuando por cometer esta vileza, Fernández, traicionó a su esposa, desertó de Castro, robó la Aduana de la Guaira y huyó con la “niña” a Colombia, deshonorando así, el refugio que en este inhóspito país se ha dado muchas veces a dignos ASILADOS.

Parece extraño que los hombres de acción, los hombres como Emilio Fernández, valientes hasta el delirio, pongan siempre su confianza en los adeptos, mas canallezcos, intonsos y cobardes; así como no se explica, por qué Castro hizo de esa BURRA DE BALÁN, Juan Bionte, su primer rufián, no se explica, por qué Emilio Fernández hizo de ese alcahuete de prostíbulo, de ese PETARDISTA DE GARITO, el primer mandatario de la noble ciudad Valenciana.

Este histrión galoneado, me hace pasar a su presencia y con tono de verdugo sodomita, me interroga, acerca de mis ideas políticas, de los motivos de mi viaje, de las causas de mis simpatías por Francia... Yo le respondo, bajo, pero altivamente. El imbécil Gobernador, nada objeta, da una orden, me encierran en un calabazo de la Jefatura y tras muchos días de hambre, de sed, de inmundicias, me trasladan a la cárcel de Valencia.

Cárcel de Valencia

Epicuro, no hallo para el matricidio, pena alguna que pudiera castigar tan monstruoso crimen; pensó que lo más digno era no calificarlo. Así, no hallando yo, en el vocabulario tétrico –horrendo terrorista–, palabra que pueda designar esta pocilga humana, ESTA FOSA DE ENTERRADOS VIVOS, este ANTRO, no imaginado por la más pervertida mente dantesca y jamás descrito ni describible, tengo que señalarlo, con el nombre que, al construirlo, le pusieron: cárcel.

Cárcel a secas o mejor dicho: cárcel-cementerio-asilomanicomio; pues aunque este edificio fue construido para cárcel promiscua, pues no existe cárcel para mujeres ni menores, allí recluyen, SAPÁN o entierran a cuántos delincuentes, mujeres, hombres o niños, locos, mendigos, vagos, dementes, caen en GRACIA a las señoras autoridades.

Y como no hay mal que su bien no encierre, esta FOSA DE VIVIENTES, como decía gratamente un humorista, “tiene la gracia de que en ella, no lo meten mano a uno, sino una sola vez en su vida”.

Como en los conventos de los Cartujos, ni siquiera sacan

muertos, para enterrarlos en el osario común, yo no sé, qué harán de las víctimas allí, pero es el caso, que ninguno de los cautivos que murieron, durante mis SIETE AÑOS DE SEPULTURA EN VIDA, los vi sacar para el cementerio.

En Venezuela, conducen o mejor, ARRASTRAN a los presos a las mazmorras, como los “mortecinos” de las aldeas españolas; como cadáveres hediondos y cuyo asco ahuyenta a todo transeúnte, pues nadie, por depravado que sea, quiere presenciar tan macabro e ignominioso arrastre.

A mi, me ARRASTRARON, de la Jefatura a la cárcel, cuatro o cinco esbirros, jayanes astrosos, insolentes, repugnantes. Con los machetes “pelaos”, como chuzos de picar yuntas y llevando enrollada en la manga cada uno de ellos, el lazo o CABESTRO, de las seis o más puntas con que me pusieron “chaleco de fique” –como allá se designa este tormento–, me “arrastraron” a través de la Plaza Bolívar y otras calles de la ciudad, a la terrorífica fosa.

Sin “desenchalecarme”, me entraron a través de la be-duina “guardia de cárcel” a la oficina del “ilustre ciudadano coronel” alcalde, Régulo Bustamante Berti.

Este verdugo, con cara de “gente”, ceremonioso como sepulturero del convento, fatuo, engreído, acicalado, cortésmente me interrogó, apuntó mi nombre y recomendándome prudencia y resignación, ordenó mi “enterramiento”.

Si los muertos al caer al fondo de su sepultura pudieran apreciar, el horror de la primera palada de tierra que les cae encima, no sentirían el espanto, el pavor que se apodera del “enterrado vivo” que cae en aquella fosa, más fiera, más espantosa que la misma de la muerte.

El cabo de llaves, carcelero de ese “infierno” de vivos, me empujó a una celda, cerró las puertas, colocó un vigilante de guardia a su entrada... y yo caí... como en un sopor de inconciencia, como en un estado de ataxia, de idiotez,

que me impidió apreciar todo el horror del momento.

Un tropel como de esqueletos, ruidos de hierro, tropezar de cosas, me volvió al pleno uso de mi razón atribulada.

Era un grupo de presos que tras la hambreada jornada eran arrojados a esa celda como montón de cadáveres de cosas, para que pasaran la noche, como los andrajos que el mendigo guarda bajo llave, para que no le sean robados.

No tenía objeto sino la del cruel refinamiento, encerrar a esos moribundos, en un calabozo, siendo como era, el edificio solido y ferozmente guardado.

Los presos que me habían visto penetrar a la celda, tuvieron cuidado al entrar de no tropezar con mi cuerpo desfallecido y frio.

Uno de ellos, palpó con su mano, mis carnes que no estremecieron porque ya todo lo había sufrido del dolor y al observar que ni me movía, ni hablaba, exclamó entristecida y quedamente: “a éste lo colgaron en la Policía y lo trajeron a morir aquí”. Siquiera no estrenó los grillos, ni las “pelas” de Malpica, repuso otro.

Pobrecito... quién será, dijo un tercero. Un silencio aterrador rodeo de lúgubre misterio la estancia amortecida por las silentes sombras. Yo lloraba....

Lloraba... si, con las lágrimas secas, porque las fuentes de mi amargo llanto estaban exhaustas y hasta mi alma estaba árida por el dolor.

Pero mi pena no era, por cierto, la pena corporal de quien sufre un tormento físico.

El dolor físico, por muy intenso, por muy agudo que sea, no mata en el hombre la “voluntad de vida”, no enerva, no idiotiza.

Tras una grave dolencia, el cuerpo queda decaído, desgarrado, débil, pero como las hojas de la planta que

retoña, las flores de esperanza de un convaleciente, son alegres y lozanas.

No así, los grandes dolores del alma. Un tormento moral, aniquilará al ser más fuerte. Scevola sonrío al quemar la mano que castigaba por haber errado el golpe a Porcena; pero, atrás lo dije, en el potro del tormento carcelario, en la hoguera inquisitorial, ante la muerte de un ser amado, nadie tiene serenidad, nadie es héroe.

Yo ansiaba la muerte, aún en la tortura porque ella me libraré de tantas muertes, de tantas agonías espantosas. Mas la muerte es mujer: ella desprecia a quienes la llaman y busca a quienes le temen.

Nada hay comparable a una noche de insomnio con una gran pena por obligada compañera. Todo, hasta la vida, podemos arrojar lejos de nosotros, menos el pensamiento mortificador, la conciencia del dolor.

Yo no creo, que el tormento a que se condena en ciertos países a los asesinos feroces, de dormir en una celda, semi-oscura, y atado a su víctima, haga sufrir al victimario mas horrendamente que lo que yo sufrí ésa, mi primera noche de enterramiento... en vida...

Alba negra

Para el ser acongojado, todo ruido musical es importuno; para el alma entristecida todo rayo de luz es traidor; pues parece que en ciertos momentos de la vida, el silencio y las sombras son nuestro único querer.

La aurora es una esperanza acariciada en medio de las tinieblas de la noche por el enfermo acongojado, por el viajero presuroso, por la novia ataviada, por el marino en la tormenta, por la alondra en su nido.

Más para mí, que tanto amo, esa infancia-rosa de día, en aquel antro y en esa hora, la luz de la aurora, era como la mortecina lumbre de una hoguera donde se estuvieron calcinando los despojos de mi madre.

Y así fue ese triste amanecer de Otoño.

Los tímidos rayos, cual hordas hambrientas, que entraban furtiva en busca de cadáveres, diseñaron a mi vista enturbiada, un montón de cosas humanas, cuyo aspecto espantoso, puso en mi alma, una obsesión de suicidio. ¡Morir! Si... ¡Que felicidad! La muerte es siempre compasiva porque en todo caso es el “cese de un dolor”. Morir es concluir. Es la pérdida de la conciencia del alma. Es la liberación supre-

ma. La vida, única verdad positiva, es bella, buena, deseable, cuando de ella, como de una granja, podemos hacer un jardín. Pero cuando la vida es un tormento, es una herida que un verdugo cualquiera nos desgarrar, cuando “la vida ya no es vida”, entonces la muerte es un partir final de ése, el único deber del hombre: “hacerse feliz”

Más aún cuando Alfonso Kais, afirma, que de los deseos de la vida, ninguno es más fácil de realizar que el de morir, que siempre, el hombre resuelto puede realizar este anhelo, no es cierto.

En mi caso, por ejemplo, el suicidio era imposible: me faltaba todo útil, enseres, ropa, para herirme o ahorcarme y además estaba vigilado. Los verdugos siempre disputan sus víctimas a la muerte.

Y no creo, que exista un tormento igual a éste: desear morir y no poder. Todo dolor lo acaba la muerte; yo no tenía ni siquiera ese desesperado consuelo.

Entonces no realicé mi suicidio; mas la obsesión de esa idea en el tormento sufrido, me ha atormentado, después, aún en momentos de mayor serenidad.

Muchas veces, la prensa mundial, ha registrado mi suicidio, “Yo no sé –me dice el ático Pina Chevelier, en una de sus bellas misivas– que empeño tienen los periódicos de matar a los hombres que piensan alto y sufren hondo”... ¿Qué?

Pues que vivir es padecer y el pensador, que tiene muchas vidas, tiene que sufrir muchas muertes. La vida, se acepta como una carga, que podemos dejar en cualquier hora y en cualquier senda del camino.

Es por esto y no por cobardía, ni por prejuicios religiosos, que los pensadores que “viven muriendo”, no se suicidan.

La vida en sí es tan inútil, tan sucia, tan corta, que si no vale la pena vivirla, tampoco vale la pena apagarla.

Esos huesos, montón de cosas humanas, como una monstruosa serpiente que despertará en un lecho de espinas, se levantó, como un sólo cuerpo, al estruendo que hacían los cerrojos de las celdas, de los presos, que, en la tarde anterior, eran trasladados a otras, para ser torturados.

Mis compañeros de celda, salieron macilentos y amodorrados; formados, como era costumbre, en fila. El semialcalde los contó y ayudado por el cabo de llaves, fue requisando, uno a uno, a todos estos infelices, que ni siquiera fecalidades tenían en sus entrañas.

La “requisa”, era una maniobra infamante y cobarde, que el pusilánime y “celoso” alcalde ejercitaba tres veces al día, para cerciorarse de que los presos, no guardaban armas, agujas, lápiz o papel alguno.

El encuentro en el bolsillo y pliegue del cuerpo de la más pequeña partícula de “crayón” o “alma de lápiz”, era causa criminosa que el desgraciado a quien se le hallara, pagaba con la tortura o con la vida.

¿Por qué será que los tiranos, los esbirros, todos los explotadores de bolsillo y conciencias, temen tanto a la pluma o sus similares?

Por qué existen en la vida de los pueblos y de los hombres, tres armas, que son siempre terribles y muchas veces mortales para todos los déspotas, embaucadores y explotadores del hombre: la lengua, el puñal y la pluma.

La lengua aguda como puñal, viscosa como sierpe, roja como sangre, mordaz como víbora, flexible como flecha, arroja en el veneno de la palabra, ora la hiel que amarga, ora el vitriolo que calcina.

Y la lengua tiene dos formas que la sustituyen en sus obras vengadoras; el puñal, como ella agudo, alevoso, fino y la pluma como el puñal de acero, único metal inflexible, agudo, implacable, frío.

Más quisiera sufrir una tempestad en el mar, que una descarga oratoria de Danton, exclamaba un noble del siglo XVIII.

Temo mas –exclamaba Filipo– a Demóstenes, que un ejército enemigo. Este es el poder avasallador de la oratoria. Los oradores son escasos, “mayor es el número de las zapadores de pluma”.

“Mi pluma, la mato” gritaba orgulloso Montalvo al referirse a la muerte de García Moreno, el jesuita ecuatori-cida. Su pluma era una cuchilla decapitadora. Los tiranos temen a la pena, como teme el vampiro a la luz; el ladrón a su juez; la ramera a la visita sanitaria.

Por eso los esbirros rufianes y canallas al servicio de los déspotas, saben que el modo mas halagüeño de adular a sus amos es persiguiendo, delatando, oprimiendo a los periodistas, oradores, rebeldes de cualquier ideal, bando o nación.

El quijotesco “Régulo”, sabía que estas “suciedades” fe-calidades inquisitoriales, lo aprestigiaban a los ojos de sus dos amos marranudos: Juan Bicho y Emilio Fernández, el parricida espurio.

Terminada la requisita de la mañana los presos pulula-ban sobre el patio-estiercolero de la “gomezmorra”, como gusanos hambreados sobre una llaga purulenta.

Despiojarse, rascar los sarnosos miembros, cabecear sobre las rodillas temblosas, era la ocupación de la mayor parte de los astrosos cautivos.

Algunos, charlaban con indolente decrepitud de resig-nados. Pocos meditaban. Y solapados, arteros, sagaces muchos, espiaban el menor gesto, la más sospechable palabra para delatarlos al cabo o al alcalde.

Estas viles delaciones eran recibidas con deliciosa satis-

facción por el Régulo, quien jamás oía a los acusados. Los grillos, el cepo, el calabozo era el resultado.

Yo permanecí en el calabozo donde se me encerró el día que entré, unos veintinueve meses. De día estaba solo, incomunicado, con un preso de “imaginaria” o guardián para pasarme la “comida” y sobre todo para espiar mis “suspiros”.

La “comida” –porque de alguna manera he de llamar este “rancio asqueroso”, este pele ruin como los presos lo llamaran– la suministraba Gómez, por conducto directo del Alcalde, el cual hacía de carcelero, insolente, cobarde, canallesco. Régulo Bustamante Berti, era el nombre de este miserable. Buen nombre: Régulo.

Por allá por el mes de diciembre de 1916 me sacaron de la celda y me permitieron pasar el día en el patio.

Los presos, muchos de ellos letrados, algunos heroicamente generosos y todos compasivos e inocentes como presos, sentían por mí, cierta admiración no mezclada de curiosidad, pues habían leído relatos de mi vida en la prensa extranjera o habían oído de los presos que de noche me acompañaban, referencias emotivas.

En el patio hice junta y fraternal amistad con los presos más afines con mis rebeldías, sentimientos y anhelos... Entre los compañeros de martirio cuyo recuerdo guarda mi fama, con la más viva reverencia, descubro a mis lectores los nombres de Manuel Canuto Rodríguez; hombre ingenioso y múltiple; peón como artista; maestro de todo; oficioso y charlatán; tímido y crédulo; rebelde en ideas; adaptado en la practica. Hombre síntesis de todo, mediocrementemente.

Ramón Acosta y Mendoza. Temperamento fogoso; lengua mordaz; corazón pródigo; inteligencia frondosa; suspicaz, desconfiado, incrédulo. Prácticamente de rábula, sectario rebelde, audacia mental, muchas ambiciones, poca instrucción, dinámico y voluble. En fin, el tipo del

abogado tropical, con mano pródiga y rebeldía de Lucifer.

El doctor Sánchez, su nombre era mutable. Médico a lo Molière. Carácter franco, mano generosa, cerebro inculto, ideas maleables; revolucionario por sport, “lancero” de corazón. Alegre y decididor.

Tomas Mercado, General de “armas tomar”; viejo soldado; carácter campechano, militar de ocasión, hacendado de oficio, analfabeta inteligente. Tipo de hombre bien. Murió de hambre en 1918.

Damaso Montero, especie de mico humano, gracioso e irónico; valeroso y tenaz. Revolucionario de ocasión; mochista por convicción, leal y sincero. Lo dejé, en 1921 agonizando de miseria.

El General Pedro Teófilo Vargas. Hombre de luchas; jugador de profesión; astuto y veraz. Poco dadivoso, nada culto, un poco huraña, taciturno, valiente, rico. Murió de hambre en 1921.

César Ibarra, hombre discreto, carácter honrado, ánimo modesto, acompasado y frío. General del montón, comerciante de ocasión, inteligente, sin mayor cultura. Logró salvarse... en 1917.

Luís Osorio, guerrillero arrojado, soldado atrevido, revoltoso por seducción, cerebro sin abono. Mudo por mordaza, inerrable por secuestrado. Murió en medio de tormentos espantosos en 1919.

Pedro Piña, tipo salteador, vivo, resuelto, temerario, abnegado como soldado, reservado como compañero, revoltoso sin cultura ni ideales. Una especie de Maceo a servicio de pasiones y vicios. Fue rematado a palo y verga en 1921.

General Simón Colmenares, rechoncho, comunicativo, parco, desconfiado, generoso, franco, leal. De ánimo resuelto, de voluntad audaz. Inculto pero inteligente. Ago-

nizaba de indigencia en la cárcel de Valencia, murió de hambre en el castillo de Puerto Cabello en 1921.

Alberto Mata, cubano de origen, comerciante de profesión, político a la fuerza; revoltoso a palos. De mediana instrucción, de escasa dadivosidad. Atento y acomodaticio.

Octavio Rodríguez, murmurador, gordillo, beatorro, piadoso y molondro, extraño a la guerra, trabajador y apocado. De escaso saber en nada. Hombre de trastienda.

Maximiliano Dorta, caballeroso, garbullo vanidoso y vivaz. Soldado cívico de convicciones. Revolucionario de actualidad. De base conservadora, de ideas liberales. En la prisión, sufrió mucho por su independencia y neurastenia. Fue muy martirizado. Murió de miseria fisiológica en 1917.

La fosa común

Los presos políticos no pasaban de setenta. Entre otros, además de los arriba citados, recuerdo los nombres del General José Antonio Barreto, Juan Tavera, Julio Sánchez, Luís Eudoro Medina, Eduviges Tacoa, Coronado, Pacheco, Morón, Verito, etc., etc. “Delinquentes” existía una veintena entre hombres y hembras; y lo mas extraño para quienes sepan que si en “Colombia la ley es un perro que solo muerde a los hombres de ruana”, en Gomezuela la justicia es una tela de araña que sólo atrapa desafectos gomistas o míseros diablos. Lo más extraño es, que casi todos los presos judiciales, eran jóvenes de familias burguesas, cultos y más o menos adinerados.

Recuerdo en este instante, al ligero correr de la pluma, a Raúl del Castillo, Nuncio Orztoni, Pedro Zargazazu, Chucho Borges, Ricardo Ortega Lima, Manuel Silva, petit, Acisclo Baquero, el Marquesita de Mijares, Rómulo Maduro... Pedro, vate exquisito, cuyos versos adelante público. Y entre las mujeres procesadas Trina Jiménez, la “musa trágica de la prisión”.

Yacían también, allí hacinados en hedionda promiscuidad, locos, locas, mendigos, vagos, idiotas... todo un

surtido asqueante de miserias humanas... Dos “apaches”, cogidos in fraganti en el robo de la Tesorería del Estado, yacían como rehenes en santo que enseñaban al monstruoso Presidente Fernández, sus exóticas artes. No se les dio indagatoria siquiera, tras breves meses, fueron puestos en un puerto.

Y “criminales” como éstos convivían con los presos por nobles causas, confundiendo así, la abnegada altivez de los soldados de la libertad con los más viles asesinos, pues para Gómez, Fernández y demás esbirros galoneados, no existe el sentido de selección que hace distinguir lo monstruoso de lo bello. En Gomezuela, el crimen mas horrendo es el de no creer en Gómez y secuaces, como dioses.

También yacían arrestados, proxenetas del Bisonte o esbirros, a quienes se querían castigar con el más humillante de los ultrajes –como dijera uno de estos viles–, el de encerrarlos en reunión de enemigos de Gómez.

¡Hambre!

Hambre, he aquí –exclama Dumas– la más espantosa de las palabras humanas.

El hambre ha sido y será la causa generadora de todos los crímenes, hecatombes y monstruosidades que registre la Historia.

Las penas, dice un viejo refrán, con pan son dulces. Y es que de todos los tormentos de la vida, ninguno hay mas horrendo que el del hambre.

Morir en un combate, morir de pie es glorioso y aún deseable; morir de enfermedad, accidentes, morir aún en el patíbulo es entristeciente, pero en fin, se muere como se nace, inconscientemente.

Pero morir de hambre, sentir el desgarramiento de las entrañas como una mano que nos las arrancara por dentro; contemplar el lento consumir de nuestra vida, como si nos fueran triturando uno a uno, todos los miembros; delirar en la desesperante agonía con ríos de leche, con cascadas de vino, ver manjares que vuelan, pan que se ofrece, en una palabra, padecer el estertor del hambre es el más espantoso de los fines del hombre.

Y éste es el género de muerte que Gómez especializa en sus mazmorras.

Emilio Fernández, entre todos sus agentes de Estados, fue quien cumpliera más fielmente el nefasto mandato. Y Régulo Bustamante Berti fue el llamado a ejercer esa tortura, rematando de hambre a sus víctimas para vivir, como los perros de la Biblia, de sus propios vómitos.

Regulo, apercibía de Fernández, la mísera ración diaria de quince centavos, que a pesar de ser tan mezquina, quedaban en su totalidad de los *bolsillos* del infame verdugo. Apenas, entretenía la agónica hambre de centenares de presos con el diario con que sostenía a una de sus vilidosas concubinas.

Este proceder monstruoso era hartamente grato al gesto mefítico del Bisonte, el cual para premiarle sus crímenes, lo hizo nombrar Jefe Civil del Distrito Capital de Carabobo. Más como no quisiera dejar la asquerosa y pingüe ganga carcelaria, dejó en su reemplazo, como Alcalde interino, a su intoso Ayudante, Jesús María Acuña, huevo de paloma, joven bueno, que el nido de víboras transformó en serpiente.

Régulo, apenas se posesionó de su Jefatura se dio a la canina tarea de perseguir, encarcelar y torturar a cuantos “ciudadanos” fueran sospechados, siquiera de enfriamiento en la fe jurada al Bisonte.

Pero a Fernández no le agradó esta actitud oficiosa que demeritaba su celo de “perro de presa”, y simulando el pretexto de indignación de Gómez por la fuga de los presos de la cárcel, lo hizo, regreso a ésta como alcalde.

Mas, ante y para quitarle sus asquerosas entradas robadas a la miseria de los presos, remitió casi a todos al Castillo de Puerto Cabello. Apenas si quedaron en la sucia mazmorra algunos veinte, entre los cuales quedamos Luís Eudoro Medina, Cesar Ibarra, Timoteo Morales Rocha que había caído en la red hacia algunos años y duro tres más.

Dice Cornicils que un amigo, en la noble acepción que este vocablo entraña, es el más elevado presente que los dioses pueden hacer a un mortal.

Sócrates, piensa que el amigo es otro yo. “Tu hermano, dice Séneca, es tu amigo, tu amigo es tu hermano”.

Jesús decía: tus hermanos son los que piensan, aman y sufren, como pensamos, y sufrimos y amamos nosotros; lo que significa que los lazos del espíritu son los únicos fraternales, el amigo es un hermano espiritual.

No en esta época, mercado de conciencias, prostíbulos de caracteres, sino en las dichas “santas”, los hermanos uterinos no han sido en la historia modelos de nobleza o de lealtad.

La Biblia es un dechado de canallería fraternas. Caín mata a Abel; así inicia la vida del hombre sobre la tierra. Jacob engaña a Esaú; José es vendido por sus hermanos. En cambio, el ejemplo de Antonio condenado a muerte, quien fiado por Rogelio, consiguió un perentorio permiso para despedirse de su madre ausente, tardó a causa de una creciente y en el instante mismo en que Rogelio, en reemplazo de Antonio, iba a ser ejecutado, se presenta éste y ante la estupefacción del público se entabla entre ellos el mas abnegado dialogo, en el cual sólo se disputaba cada uno el derecho de morir: “yo fui el condenado” –exclamaba Antonio llorando. “¡No!” –gritaba acongojado Rogelio– “yo fui el fiador –agregaba–, tu tardaste y yo debo morir”.

De Morales Rocha bien pudiera yo decir que si no ha sido el único amigo de mi vida, si ha sido el amigo ejemplo. Dice que mi pedazo de vida, “siete años enterrado vivo, oscilaba entre dos extremos: Morales Rocha a quien buscaba al ser cautivo y Morales Rocha, mi libertador en 1921”.

Liberal práctico, revolucionario idealista, hombre decente. Morales Rocha no podía ahitarse de inmundicias en ese festín de corridos que se llamó “Rehabilitación ve-

nezolana” marejada de fango, nacido de una traición, sostenida por la vileza de un enjambre de eunucos voraces, apoyada por gobiernos venales, imperialistas, monacales.

En Gomezuela no se necesita ser “sospechoso” para ser encarcelado. Los esbirros de Bisonte proceden con el criterio de Torquemada: “más vale equivocarse apresando, que acertar dejando libre”

Morales Rocha fue apresado, creo que en el año de 1917, pues repito, en medio del terror de las sombras en que yo agonizaba, la noción del tiempo se pierde. Además, este preso codiciado, tenía que ser misteriosamente secuestrado.

Yo veía, a través del espacio entenebrecido, allá a la oscura distancia, mover uno como manojos de huesos, que agitaba en el vacío, como guiones de una banderola de naufragio.

El tal Blanco, ex-Comandante de la Policía caído en desgracia y “puesto a la sombra”, me aseguró que la mano era la de Morales Rocha, pues aquel lo había ayudado a defender, días atrás.

Morales, aunque educado en Colegios de Bogotá recordaba vagamente el “lenguaje de mano” que los estudiantes usan para comunicarse de colegio a colegio, entre amigos y entre novios.

Y tras largo ensayar letras, simular formas, logramos comprender algunas palabras. Recuerdo con estupor que la primera frase que Blanco, yo y demás presos del calabozo entendíamos fue esta macabra: “nos jodimos”.

Era el 20 de febrero de 1918, día en que un rebaño de canallas repite el nombre dado por Gómez, para Presidente del Estado. Éste es el federalismo de Venezuela. Esta federación es una de tantas mentiras con que se ha engañado y envilecido al pueblo.

Emilio Fernández, el hijo espurio, el flagelador del pa-

dre Briceño, su corruptor genitor; Fernández, traidor, ladrón, asesino, raptor, vil, por tercera vez era electo por el Bisonte, para regir los destinos del más altivo y culto de los Estados de Venezuela.

¡Bella alternabilidad! ¡Hermosa Federación!

Si, el entristeciente: “!Oh libertad, cuantos crímenes se han cometido en tu nombre!”, hace dudar hasta de los más nobles ideales, de los INRI gloriosos, redentores, fundamentales de los partidos, como los de “Libertad y Orden”, “Dios y Patria”, “Paz y Trabajo”, y peor que ninguno el cínico y canallesco “Dios y Federación”, base moral del federalismo venezolano, nos prueba que los lemas, colores, banderas, principios, ideas, no son sino viles espantajos de politiquería rufianesca. “!Nos Podrimos!”

Estas diez gestas, este puña’o de señas angustiosas y macabras, estos signos de terror, especie de “Manet, Tessell phares”, tremulantes en el fondo de una distanciada reja enmohecida eran, en efecto, la sentencia espantosa de nuestra “descuartización, desolación, desmenuzación” corporal.

Mil noventa y seis días, más... Veintiséis mil, doscientas ochenta horas (26,280). Un millón, quinientos setenta y seis, ochocientos minutos. ¡Horror!, ¡Horror!, ¡Horror!

Quien quiera que haya esperado un día ansiado, quien haya sentido la angustia de una cita esperada; el novio sereno, el prisionero de un país legalista, saben, cuán desesperante es la sucesión torturante de los minutos de espera; saben, ¡cuán desesperado es esperar!

Y hay esperas esperanzadas; pero en el fondo de una fosa, sin más agua que la del llanto de los ojos, sin más luz que la de la razón atribulada, allí, toda esperanza es irrisoria, porque conocen el infierno de Dante, es esa tenebrosa puerta está escrito: “¡Dejad aquí toda esperanza!”

¡Evasión!

Con motivo de la remesa de presos, el nuevo Alcalde bajó a Morales Rocha, de la celda del misterio y lo sepultó en un calabozo donde, aunque incomunicado, logramos hablarle furtivamente.

Rebelde y dinámico, inteligente como es, fraguó una fuga, que bien pudiera compararse con la temeraria del Conde de Monte Cristo.

Cesar Ibarra, Eudoro Medina, con el cabo Mijares y siguiendo instrucciones de Morales Rocha, lograron abrir un boquete en un calabozo que daba a un solar de una casa cuasi-sola.

Pero Medina e Ibarra, cobardes y falaces, una vez abierto el estrecho hueco huyeron solos, dejando en manos de los verdugos enfurecidos a sus abnegados y sufridos compañeros.

Los prófugos, fueron denunciados por los vecinos, pero éstos no se atrevieron a detenerlos. La delación es en Gomezuela un deber como es el acusarse los pecados; pero la retribución casi nunca se cumple.

Al inusitado escándalo, acudió presuroso el celoso

Gobernador, ex-Alcalde Bustamante Berti, armado de una “cola de gallo”, “pelao” que centellaba como cauda de cohete, el iracundo “jeje” penetró al patio de la cárcel y repartiendo planazos como sacudiendo cueros, se cansaron su brazo y el machete, pero su alma ahíta de furia y de servilismo, no cesaba de irradiar ultrajes por ojos y boca.

Al fin, cesa la homofobia, encerró en una estrecha celda, a las dos decenas de infelices cautivos y salió. Depusieron al cabo Mijares y Fernández depuso al Gobernador, a quien no miraba bien, bajo el pretexto de que la cárcel lo necesitaba como Alcalde modelo.

Y entonces, proporcionaba “comida comible”, jugaba con los que sabían hacerlo, nos daba noticias de la guerra; celebró con nosotros la nochebuena con música, cena y licores. En fin, estaba transformado.

Es el caso de confesar que este verdugo, tuvo en muchas ocasiones, lo mismo que Fernández, Acuña y Galvis, gestos de piedad y aún altas manifestaciones de simpatía y de generosidad para mi desgracia.

En este caso y sin desconocer ni olvidar personalmente sus dádivas, tal vez salvadoras, repetiré el ramajazo de Mármol a Rosas y diré: “Os perdono, mis grillos y cadenas, pero las de mis hermano, no”

Pasados algunos meses el alcalde fue trasladado a otro puesto y vino ocupar la alcaldía un tal Cornelio Vegas y su hermano, un muchacho redondo, libidinoso e imbécil.

En Gomezuela existe la maniática vanidad de hacer capacidades por la sola voluntad de los jefes. Casos hay en que Gómez, urgido de nombrar un capitán de “buque de vela”, ha nombrado al primero que se le presenta; le designa el puesto y le recomienda que no olvide llevar velas para el barco; el intoso capitán, que jamás se ha

embarcado, compra una caja de velas de esperma y parte a ocupar su curul.

Así, Cornelio era un “carnicero” pero jamás había pisado una prisión: encargó de la “carga” a su imbécil hermano, quien seducido por una sierpe y no del Paraíso, por una hetera negra, por Trina Jiménez, convirtió la cárcel en prostíbulo de eunucos hambreados, bajo el látigo y har-tazas de una odalisca zamba y un mulato asqueroso.

Trina Jiménez

Yo no creo en Skasperare (Sic) que “la mujer es un manjar de dioses, cuando no la guisa el diablo”. Yo no soy feminista, ni ginéfogo. Me repugna tanto Vargas Villa, con los marimachos y yanquis; pero, cuando a la mujer se le secuestra de su sexo, todo en ella es infamante, canallesco. La mujer –dice Lluvia– es útero por todas partes, lo cual quiere decir que en ella, el dominio de la razón pura es nulo; su pensamiento es carnal. Como Soberanas las Simiramis, Cleopatras, Catalinas han sido funestas.

Como favoritas, Marozia, querida y madre de muchos papas, fue el escándalo de la lúbrica Roma papal.

El mundo sufre la actual situación gracias a Eugenia de Montijo; y Colombia gime bajo las garras del clericalismo a causa de una vengativa mujer.

La mujer como hermana, en Nietche (sic) es sublime; como hija, Isabel Klopoth, haciendo miles de leguas a pie por los desiertos de Liberia para pedir el perdón de su anciano padre cautivo, es adorable; toda madre es amor encarnado; amor, como el de Teresa de Jesús, inmenso, místico y puro. “Es tan amoroso el nombre de mamá, que besa los labios dos veces”.

Pero, como empleada, la mujer es tarda y taimada; como señora despótica y despiadada; como guardiana, cruel y servil. Trina Jiménez, era el tipo nato de la mujer-verdugo.

Presa, a causa de un homicidio cometido en uno de sus amantes, se le encerró en ese antro-pocilga promiscua de todos los desperdicios sub-humanos.

Lista e insinuante como era y la única hembra “tomable” en aquellas soledades de amor todos los presos ponían sus miradas de macho en celo, en aquella hetera, intrigante, fea y deseable...

Por ella, explotaba, halagaba a todos, a todos oía, pero, reservaba sus caricias para los “cabos” de verga, los alcaldes y guardianes.

Bustamante, por no haber otra cosa, la quiso algunos días. El nuevo sub-alcalde, el mulato andino, como de su tierra, sólo conocía cárceles estercolarias, se prendó de la zamba zalamera y la hizo favorita de serrallo carcelero.

Y toda la comida que unos días fue comible, la convirtió en una bazofia que ni los cerdos del Apocalipsis la hubieran tragado.

Ella, en tanto, comía opíparamente, intrigaba, dormía, exhibía sus desnudeces, reía y bebía.

Yo no soy moralista, ni bicho moral. Amo el amor, me place toda embriaguez; pero aquella yunta zamba-mulata, ponía en miasma de esteta como asco al amor.

Ranchescamente, yo no estaba mal: me tenían y creía acallar mis protestas, hartado mis hambres; pero yo, aunque siempre he despreciado el vil rebaño humano, indigno de sacrificios y de redención, egoísta como soy, siempre he vivido mi satisfacción personal, busco en la satisfacción de mi yo, la realización de mi ideal egotista o uno de mis goces a luchar, satisfacer la necesidad ajena, curar mi mal, procurar mi bien.

Yo no me sacrifico por nadie; si, soy rebelde, revolucionario, anarquista... si todo lo he sacrificado por levantar mi protesta roja contra toda tiranía, es porque mi naturaleza combativa y sentimental me obliga a luchar en pro de todo lo “bueno” que para mi es lo “bello”; contra todo lo “malo” que para mi no es lo “feo”. Así pues, he buscado mi satisfacción. Nadie me debe nada; como nadie debe a nadie; a ninguno de los redentores, mártires y sacrificados que por la humanidad se han inmolado.

Yo sufría, y porque este color era cobarde, de mi, debía arrojarlo; así, protesté ante el alcalde titular por esa ignominia de vida y de comida que sufrían mis compañeros, pero don Cornelio, como es estilo en Gomezuela, no me atendió... y el subjefe mulato y su zamba favorita, se vengaron de mi protesta y junto con el ex-cabo marquesita de Mijares, me encerraron en el mismo calabozo donde fue victimado de hambre, el infeliz Luís Osorio.

¡Teorías de las cosas libertadoras! El 7 de agosto de 1919, centenario de la batalla de Boyacá, génesis de la libertad de Colombia, la grande; yo me hallaba, sufriendo todas las torturas del hambre, los grillos, el frío, en un calabozo en la tierra del Libertador.

¡Oh! ¡Qué estériles fueron esos sacrificios!

¡Oh! Cuando falaces son tus manes,

Libertad, Patria, Igualdad, Fraternidad.

Pero, dice Martínez Silva, cuando no es la justicia o la bondad, la envidia hace otra reparación. El jefe de la guardia, Coronel Arturo Galavis no miraba con simpatías el monopolio que de favores amorosos y del saqueo del rancho, el sub-alcaldete hacía; lo avisó a Fernández, éste depuso a los alcaldes y autorizó a Galavis para designar verdugo-mayor. Fue “señala’o” el Capitán Hidalgo, hombre bondadoso, afable y cumplido.

Pero Trina, lo sedujo y lo corrompió asta el extremo de

hacerme encerrar en una celda junto a la suya, engrillado, desarrapado, hambriento y sometido al tormento que ella me impusiera, martirizándome con el falaz ofrecimiento de sus viandas, en momentos en que yo, agonizaba de hambre.

Y sea, que mi naturaleza de cera para el placer es de acero en el dolor, yo sólo no manifesté pena, ni pedí compasión... sino que mi fuerza de resistencia, venció la sevicia sádica de la hetera, y como la mujer es una eterna enamorada de todo gesto de macho, cambió de actitud y trocó sus ultrajes por favores.

El capitán-alcaide, celoso como un turco, remacho mi tormento; condeno la puerta de mi fosa; prohibió mirar hacia esta y me condeno a la muerte absoluta de hambre.

Yo que había sufrido esta agonía durante cinco años, llegué a alegrarme de acabar de una vez; pero la voluntad de no, siempre es vencida por el instinto de conservación. El caso del Alcalde Cork, no es una excepción; si el anuncio de hambre, antes en él murió la necesidad.

En el delirio, producido por la fiebre de hambre, yo veía votar por los aires, pollos guisados, cerdos rellenos, peces humeados. Yo veía brotar de rocas graníticas chorros de miel, de vino, de chicha. Yo miraba y mirando sentía como ímpetus de locuras, mesas interminables, servidas de manjares succulentos.

Y cuando despertaba, no hallaba mas líquido que el agua de mis ojos, no palpaba otras carnes que las piltrafas de las mías.

Y la muerte tardaba...

Y mi agonía era ya muy exasperante.

En fin. Uno como rayo de esperanza brotó de mi alma oscilante, el cual vi reflejado en el techo de la celda y sea que la fe es una fuerza votiva o que el instinto es creador, yo recobré ánimo, acaricié la esperanza de la vida en

medio de las sombras de mi espíritu, como un manojo de dolores, de horrores y de anhelos, forjé este soneto:

*En mi Ferrero y horrible calabozo
Donde nada fulgura una esperanza,
Yo mantengo muy alta la confianza
De un porvenir muy libre y muy hermoso.
¿Qué importa, que hambreado y haraposo,
Hoy sufra de la muerte la asechanza,
Si yo veo lucir en lontananza
El sol de la ventura esplendorosa?*

*Sin amigos, sin dios, entre cadenas
Yo desprecio la negra tiranía
Y la necia congoja de mis penas.*

*No imploro compasión, ni desespero,
Que de pies bajo el golpe en la porfía:
“Yo he sabido esperar y siempre espero”*

La tenue luz de mi esperanza, velaba el ya aterido resto de mi vida. Un ruido sordo puso eco de atención en mi ánimo anestesiado.

No era imposible eso que los creyentes llaman milagro. Me arrastré cuanto el peso de mis grillos me permitían; y con el ansia perezosa de quien busca en la sombra, un objeto salvador. Yo busqué... en el astroso suelo... y al fin, ¡oh fortuna! hallé, envuelto en un papel un pedazo de papelón (dulce negro).

Después... mucho después sentí, otro golpe, era una tripa llena de agua. Estaba salvado.

Informada una dama –cuyo nombre quiero ignorar– del tormento en que agonizaba y estimulado con promesas de ventura celeste, a una sirvienta, asas viva y con romántica, de quien estaba enamorado uno de los guardianes de la cárcel, la generosa muchacha, puso a prueba el coraje

del guardia, quien no obstante lo arriesgado de su acción, quien por no pasar por un cobarde, accedió a la petición de arrojarme a la celda, algún alimento, algún poco de agua y con esa acción combinada de almas, enamoradas, heroicas, románticas, me salvé... aunque solo, para que esta vida mía, sea ese tábano que Sócrates ponía imaginativamente, en la espalda de los tiranos.

A pocos días, Hidalgo seducido por la “musa negra” proyectó algo así, como un complot o fuga... cuando se hallaba más divertido, fue arrestado.

El 12 de enero de 1920, el exalcalde se encontró te a te, cautivo en la celda, situada frente a la mía, a la de su víctima... de hacía unos días...

En su reemplazo fue nombrado el Coronel Acuña; es desesperante esta falta de hombres en el régimen de podredumbre de Juan Bisonte. Allí cambian los puestos, pero no los hombres.

Acuña para mi benévolo, me sacó del calabozo. Permitted ciertos trabajos. Unos presos picaban piedra. Otros se ocupaban de algo remunerador. Morales Rocha hacia bastones de vaqueta para alimentar ese “dulce y casto nido” frío y desierto por la ausencia de su padre.

Poco juego y poco aguardiente. Una vez hasta entró un sacerdote. Y yo, que no asisto a ceremonia religiosa alguna, sentí, con su presencia la alegría de quien ve algo, que simboliza un consuelo.

Rojas Fortoul, nuevo gobernador de Valencia me visitó, y me confió el nombre de mi delator Hernández, antiguo sirviente en Cúcuta, Jefe civil de una parroquia en Maracaibo, después, proxeneta de Gómez... en esa ocasión, como el causante de mi prisión.

Varias veces, me trajo o envió ropas, baños, útiles, que se yo. Juzgó que a Fernández, alguien le informó de mi

nombre, de la iniquidad de mi prisión, de la solidaridad de mis “camaradas”. ¿Solidaridad?... otra mentira, como hay tantas, ni los partidos revolucionarios, ni mi “patria”, ni la decantada solidaridad de madre, hizo por mi libertad, el más débil gesto.

Víctor M. Londoño era entonces el Ministro. Él supo de mi enterramiento; pero no pudo o no quiso hacer nada. “¿Acaso los Ministros de Colombia –decía Max. Grillo, Ministro en Río de Janeiro– somos mendigantes del libertinaje de ladrones, bolcheviques y aventureros que de allá salgan?”

¡Oh! Es que los colombianos en el exterior son los parias del derecho, no tienen patria sino madrastra.

Cayó el monstruo

Emilio Fernández es uno de esos abortos que la naturaleza defeca, como para señalar en la historia de los hombres, con estos monstruos, las diversas etapas del horror de la vida.

Hijo espurio y adulterino del padre Briceño, engendrado también de otros alacranes en una mujer Omaña, como aquel dejara todos sus bienes a los hijos de ésta, Fernández, en venganza colgó, azotó y no sé qué otras torturas infamantes infligió al anciano sacerdote.

Merodeador de caminos, troncado el látigo de carcelero por el puñal del asesino; haciendo de maestro de escuela, de polizone y en ocasiones hasta de cura, se dedicaba a todas las porquerías profesionales que las circunstancias le permitieran.

Sin ideas, principios, ni profesión, vestía divisa que sus rapiñas le obligaran. Así, en Colombia, era conservador, en el Táchira azul, en Maracaibo, nacionalista; en Caracas, *amarillo mamey*.

Bandolero en la guerra azul de 1898 con Rangel Garbiras en los Andes. En 1899, se ofreció a Castro, en su

gloriosa revolución del 23 de mayo. Castro lo rechazó. ¿Cuál sería su fama, que hasta en una horda donde pululaban, Juan Bisonte, Eustaquio Mano negra, el diablo, fue rechazado!?

En fin... siguió en la impedimenta; su temerario valor, innegable, lo hizo grato. En Tocuyito lo hirieron. Después del Bisonte, fue nombrado 1899 Gobernador del Distrito Federal.

En Octubre de 1900, siendo jefe de Caracas, quiso traicionar y amarrar a Castro. Éste lo admiraba pero lo odiaba; lo trasladó a la Guiara como Administrador de la Aduana. De aquí se fugo, llevándose el dinero que había en caja y una chica de Caracas...

Asilado en Cúcuta, hizo varias tentativas de invasión apoyado por el Gobierno conservador de Colombia, enemigo de Castro, sostén de la revolución liberal de Colombia.

Traicionado Castro por el vil Juan Bisonte, éste lo llamó, lo hizo Presidente del Estado Monagas y en 1913, Presidente de Carabobo. Lo reeligió tres veces; pero el 20 de febrero de 1921, no lo reeligió en su lugar, nombró a José Antonio Baldo.

Éste era un Presidente joven, atento y nada cruel. Nombró un Alcalde que se hizo sentir. Quiso quitarle a la cárcel ese velo de misterio que la encubría. Le abrió la puerta a los abogados, estableció servicios médicos; permitió visitas; dejó a los presos encausados, posibilidad de defensa judicial. En sus primeros meses salieron los últimos presos políticos. Timoteo Morales Rocha salió en esos días. Yo fui remitido al Castillo Libertador el día 5 de mayo de 1921, centenario de la muerte de Napoleón.

Jamás, dice José Joaquín Ortiz, la luz hiere con fuerza mayor que cuando hiende las pupilas de unos ojos que hayan llorando por largo tiempo, las tristezas de una cruel prisión.

Y como en el mundo no existe hoy día, mazmorra más espantosa, tumba de vivos más horripilante que las fosas del monstruoso Juan Bisonte, la salida de allí; es una milagrosa resurrección que alela el ánimo y turba la conciencia.

Hoy al cabo de diez años de resucitado, me pregunto todavía, si es cierto que me he librado de las garras de ese chacal sub-humano.

Pero el mundo se ha conmovido ante la relación inverosímil, ante la indescriptible victimización del desgraciado caudillo octogenario Juan Pablo Peñalosa, cuyo desgarramiento corporal, no iguala en ferocidad ninguna monstruosidad; y yo creo llegado el momento de probar al mundo que en América existe un monstruo con figura humana que, para vergüenza de la civilización, se solaza en machacar los huesos de prisioneros en tormento, en desgarrar con tenazas candentes las carnes gangrenadas de sus víctimas, en introducir en sus conductas sexuales púas que despedazan las entrañas.

Índice

Prólogo	4
Palabras preliminares	
“ <i>Mis prisiones, mis destierros y mis vidas</i> ”	7
Siete Años Enterrado Vivo en las Mazmorras de Gomezuela	
Desflorando el recuerdo	12
Valencia	15
¡Dejad atrás toda esperanza!	17
Cárcel de Valencia	20
Alba negra	24
La fosa común	31
¡Hambre!	33
¡Evasión!	38
Trina Jiménez	41
Cayó el monstruo	48



*Vivió más en prisiones que en libertad.
Vivió “sin amigos, sin Dios, entre cadenas,
despreciando la torpe tiranía
y la recia congoja de sus penas”*

“Yo, que aún no tengo ni una lira BOHÉMICA, para hacer de mis oídos un ramaje que azote ante la historia las curtidas espaldas del jayán; ya que carezco del puñal DE BRUTO O DE LA BOMBA DE MORRAL, para despedazarlo; yo que no tengo ni jirones de papel para escribir con mi escasa sangre “la agonía de un gran pueblo”, quiero, con las lágrimas de mi corazón, con el macabro tin-tin de mis cadenas, con los aullidos de agonía que en mi alaza repercuten de compañeros en tormento, quiero con los hediondos harapos, que muestran mis carnes flageladas, mis huesos empielados; quiero con el montón de excrementos que en mi fosa me asfixian, hacer de este panfleto la mas asquerosa protesta, que un rebelde rememorando sus tormentos, puede forjar contra el más y canalla de los semi-cuasi-exsubhombres y el más sanguinario, intonso y cobarde de los déspotas de este árbol fecal, a quien por irrisión pusieron el nombre desde ahora abominable Juan Vicente Gómez”

